

2. Los montañeses de León



Palacios del Sil 8 de agosto de 1837

Aquí me tienes, mi querido A..., perdido en un delicioso país, y digo perdido, porque quizá seré el único de mis amigos que haya pisado este suelo de muchos años a esta parte. Sin embargo, tan lejos estoy de arrepentirme de mi resolución, que si otra vez vuelve a acometerme la fiebre de los viajes, casi estoy por jurar que marcharé en esta parte por mis antiguas huellas.

Desde León te escribí que pensaba dirigirme al Bierzo pasando por Astorga y visitar sus antigüedades romanas y góticas. Con efecto, he visto las asombrosas minas de las Médulas, restos magníficos y sólidos todavía del pueblo rey; el sitio de una antigua ciudad suya, llamada *Bergidum*, deliciosamente situada; el monasterio que fue de monjes bernardos de Carracedo, en cuya fábrica está todavía incorporado un resto del antiguo palacio de recreo que allí tuvieron los reyes de León; y varios castillos feudales desmoronados en parte y entre los cuales descuella el de Ponferrada, donde todavía se distinguen las armas y los símbolos de los caballeros templarios, sus pasados señores. Este país



posee muchos recuerdos y, si no fuera por no aumentar una carta que sobrado larga será ella de suyo, te daría noticias más circunstanciadas; pero me voy olvidando de las montañas de León y si por algo te escribo es justamente por hablarte de ellas.

Ya sabes que mi pensamiento no era otro que el de recorrerlas, cruzar después el principado de Asturias, embarcarme en Gijón para La Coruña y visitar el litoral de Galicia, sin pasar por los quebrantos que trae a todos los viajeros la guerra civil que devora la Península.

Con tal intento y siguiendo río arriba el curso del Sil, célebre por el purísimo oro que en sus arenas arrastra, salí del Bierzo, atravesé los valles que toman el nombre del río, crucé en seguida Lacia y la Omaña y me detuve en los últimos términos de Babia. Ya sabes que mi viaje es más poético que científico y, por lo tanto, sólo esperarás noticias generales en cuanto a sus producciones, etc.; sin embargo, no dejaré de decirte que los recursos agrícolas de estos pueblos se reducen a una escasa cosecha de maíz, de patatas, de centeno y de lino, insuficiente, como puedes conocer, a sus necesidades, por lo cual libran su subsistencia casi exclusivamente en la ganadería. Este país es esencialmente pastoral y no sabes cuánta gracia y cuánto hechizo se encuentra en la sencillez de sus costumbres, después de salir de entre los bruscos moradores de esa triste y desnuda Castilla.

Aunque te dejo dicho que todo el país es esencialmente pastoral, ningún pueblo es tan pastor, en todo el rigor de la expresión, como la Babia. Como su principal riqueza consiste en rebaños de las ovejas de riquísima lana llamadas merinas y la débil complejión de estos ganados es incapaz de sufrir el invierno riguroso de este país, toda la parte viril de la población tiene que trashumar por ello en busca de los pastos de Extremadura. Cuando los calores de mayo comienzan a sentirse en esta tierra y agostan las vegas de este país, tornan las merinas a las montañas hasta que viene el otoño, en cuya época se restituyen a Extremadura.

Cuando yo llegué a Babia era justamente la época en que las merinas venían a veranear y difícilmente podrás imaginar escena de más interés y



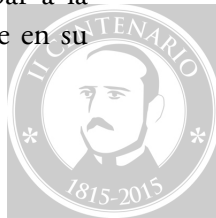
animación. Las mujeres, los niños y los viejos salían a recibir a los ausentes, los perros acariciaban a sus amos, balaban las ovejas al mirar los sabrosos pastos de los montes, relinchaban las yeguas al reconocer sus praderas nativas y los abrazos y las preguntas que por todas partes se cruzaban y el abandono y la efusión de todo este cuadro tenían para mí un indecible atractivo. Me figuraba yo las tribus árabes de vuelta al pie del Atlas, con sus camellos y caballos, e involuntariamente se me venían a la memoria los dichosos tiempos de Jacob y de Labán.

La noche de la llegada de los pastores hay siempre baile, cena opípara y toda clase de regocijos, en que las mujeres lucen las galas y presentes que les han traído sus maridos o amantes.

La Babia es un país triste, desnudo y riguroso por invierno, pues ocupa la mesa de las montañas, y no cesan en él por entonces las nieves y las tormentas. Sin embargo, las praderas de esmeralda que verdean por las llanuras, sus abundantes aguas, la alineación simétrica de sus montecillos cenicientos de roca caliza y los leves vapores que levanta el sol del verano de sus húmedas graderías, contribuyen a darle por entonces un aspecto vago, suave y melancólico que sólo se encuentra en algunos paisajes del Norte. Hacia las lindes de este país, y junto a un pueblo llamado Barrios de Luna, se ven las paredes apuntilladas por todas partes del castillo de Luna, donde el rey don Alfonso el Casto encerró al conde de Saldaña, padre del paladín Bernardo del Carpio, que derrotó en Roncesvalles al ejército de Carlomagno y, al decir de las leyendas españolas, mató de su propia mano a Roldán, el sin par de los doce pares.

Hasta aquí las circunstancias particulares de la Babia. Los demás concejos, a saber, la Omaña, Laciana y el Sil, se parecen mucho entre sí, si bien el último se diferencia algo más por la mucha frondosidad que viste sus riquísimos montes y por ser algo más estrecho y reducido. Voy a darte ahora una sucinta idea de las costumbres generales comunes a todo el país sin excepción y que provienen de su espíritu social.

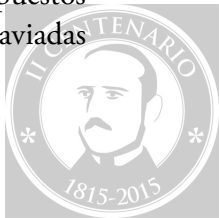
La hospitalidad es una especie de religión entre estos montañeses y no hay puerta, por pobre que sea, que no se abra de par en par a la llegada del forastero. Por la noche se reúnen indispensablemente en su



casa los mozos y mozas del lugar a darle lo que se llama en la lengua del país el *beiche* (la pronunciación es de todo punto inglesa), y que no es otra cosa que el suelto y lindísimo baile del país al son de panderos, de castañuelas y de cantares, tan numerosos y variados como sus fuentes y arboledas. Es costumbre que el forastero tome parte en la danza, sépala o no, so pena de someterse a los *cacharrones*, especie de solfeo no muy agradable, encomendado a las robustas manos de las montañesas. Si el huésped es conocido de la casa donde para, además del obsequio ya sabido del *beiche*, suelen llevarle de regalo *frisuelos*, especie de frito del país, y las *natas*. La noche antes de su marcha acuden también a despedirle con el mismo festejo, que en esta ocasión se llama dar el *gueiso* para el camino.

En esta temporada de verano suben las montañesas con sus ganados a aprovechar los pastos de las cumbres de los montes y habitan en una especie de casetas llamadas *brañas* hasta que los primeros fríos del otoño les obligan a bajar a los valles. En esta ocasión ponen el mayor cuidado en la limpieza y adorno de sus brañas, las cuelgan de ramos y tienen siempre repuesto de frisuelos y de natas con que obsequiar a los que las visitan, y que sirven con cubiertos primorosamente trabajados en boj por sus esposos o novios. El agasajo, la alegría y bailes son extremados en estas cabañas, que dominan desde su elevación paisajes deliciosos, más estrechos que los buenos de Suiza, pero no menos pintorescos. Respírase allí templado y fresco ambiente, el aire limpio y sereno deja ver los objetos en toda la pureza de sus contornos y colores, y el silencio de los bosques, el leve rumor de las arboledas y de las cascadas, y la calma y la paz que allí se disfrutan inclinan el alma a esas meditaciones vagas y sin objeto en que el hombre se olvida de sí propio para abandonarse enteramente a las sensaciones del instante.

Ya que te estoy hablando de las costumbres de la buena estación, concluiré con las romerías, que sólo en este tiempo se celebran y que tienen una fisonomía tan viva y animada, que un viajero concienzudo como yo no puede echarlas en olvido. Figúrate un extenso campo concejil sembrado de tabernas, de baratijas de buhoneros y de puestos de frutas, al cual van llegando sinnúmero de gentes ataviadas



galanamente, los curas entre los feligreses, los pastores caballeros en sus yeguas nómadas con sus queridas a las ancas, y caballeros y peones todos en la más cordial armonía, y te irás acercando a la verdad. En la pradera se bailan los bailes del país y más allá los mozos más robustos de los concejos se ejercitan en la carrera y en la barra, distribuyéndose al cabo los premios, que suelen consistir en bollos o en frutas, entre vencedores y vencidos con la más completa amistad. Concluidos estos juegos, todas las diversiones se refunden en el baile hasta la caída de la tarde, en que todo el mundo se retira. Supongo que ya adivinarás que, en un país religioso como es éste, la primera obligación de los romeros es ir a rezar al santo.

Las costumbres de invierno son enteramente diversas, como puedes suponer. La Babia se queda sin más hombres que los niños y los viejos, y en la Omaña, Laciaña y el Sil las diversiones públicas del invierno se reducen a monterías y partidas de caza durante las nieves, expediciones todas que se hacen con el mayor orden y valentía y para cuya dirección se nombra todos los años en concejo un funcionario con el título de *juex de caza*. Pero no por eso creas que el frío convierte a estos montañeses en hurones; antes bien, durante él se reúnen todas las noches en la casa más espaciosa del lugar las mujeres a hilar (de lo cual viene a estas tertulias el nombre de *filandón*) y los hombres, que vienen más tarde a divertirse con un poco de baile la última hora de la reunión. Excusado será el decirte que en estos filandones nunca faltan historias y cuentos maravillosos narrados por las viejas al amor de la lumbre; pero lo que no se te ocurrirá de seguro es que he oído contar a un alcalde muy respetable todas las proezas de los doce pares y de su emperador Carlomagno. Figúrate ahora qué relación para un aldeano.

La danza del país es un baile, como te dejo indicado, animadísimo y expresivo; pero no deja de chocar ver las mujeres y los hombres repartidos en dos hileras al principio, si bien luego se mezclan y confunden al estrepitoso redoble de las castañuelas, en cuyo manejo no ceden a los mismos boleros de los teatros.

Con respecto a sus cantares, sólo te diré que en ninguna parte los he oído tan lindos, tan sencillos y tan melancólicos. Ya sabes cuán apasionado soy de la música popular de Andalucía, tan llena de sentimiento y de color, pero en las tiernas canciones montañesas he



encontrado un tono de vaguedad, de misterio y de tristeza que ha conmovido mi alma de un modo inesperado. Sólo en Alemania, y en Irlanda más especialmente, se puede oír una música popular con igual sello de abandono y de dulzura; porque los antiguos romances y baladas francesas son descoloridos y monótonos al lado de estas armonías montańesas. Y no creas que sólo la música es en ellas notable, que también las coplas son delicadas y graciosas por extremo. De ambas cosas he formado colección y no será difícil que las publique algún día. Por ahora, conténtate con algunas que te envío.

Cantares escogidos de las mozas señoritas de la Montaña

Eres como el ave Fénix
que cuando muere renace.
Fuego de amor en tu pecho,
preside sin apagarse.

Corazón que sufre y calla
no se encuentra dondequiera.
No hay corazón como el mío,
que sufre y calla su pena.

Tus cejas son medias lunas,
tus ojos son dos luceros,
que alumbran de noche y día,
lo que no hacen las del cielo.

El que estrellas estudia
ve su destino,
y yo estudio tus ojos,
por ver el mío.

Qué son celos, pregunta
un hombre sabio,
y un rústico le dice:
ama, y sabráslo.

Es la esperanza un árbol,
el más frondoso,
que de sus bellas ramas
dependen todos.

Voy a describirte el traje del país y lo dejaré pronto, porque sobrada condescendencia es ya leer lo que va escrito. Las mujeres traen a la



cabeza un pañuelo atado por debajo de la barba, un *dengue* cogido por detrás con broches de plata de elegantísimo corte, justillo de terciopelo labrado o de seda, atado por delante, camisa con botón de plata al cuello, *rodado* de paño del país o de Segovia, con enormes lazos de vistosa cinta atrás; escarpita de blanqueta con abarca por el invierno y zapato con calceta por el verano. Además, suelen añadir por el mal tiempo a este equipaje una especie de jubón o chaqueta corta desabrochada y una clase de manteleta en la cabeza, llamada, si no me equivoco, *rebociño*.

Los hombres, con sus continuos viajes al Mediodía, han alterado un poco su traje, pero el verdadero consiste en un sombrero chambergo o calañés, chaqueta corta de paño del país, chaleco de pana o piel de becerro curtida que llaman destazado, calzones de lo mismo o de paño, faja o cinto de cuero, botín de ídem o de paño para los días de fiesta y polainas con abarca a diario. La manta y el calzón bombacho, que algunos gastan, son más bien del Mediodía que no del país.

La raza de esta comarca es una raza verdaderamente privilegiada, de toda la robustez del Norte y de no poca elegancia y garbo de las provincias meridionales. La frecuente comunicación de ambos países es causa, sin duda, de dicha fusión, que no se advierte ya en las próximas montañas de Asturias; y esta media tinta suave de Andalucía y Extremadura contribuye a dar un realce particular a este país. Yo no he visto en ninguna parte tanto rigor y delicadeza a un tiempo, ni en mujeres pastoras y del campo tal transparencia de tez, ni tan exquisitas proporciones. Los hombres en general, y en especial casi todos los babianos, serían excelentes modelos de Academia.

El país es rico, en general, por los muchos beneficios de la ganadería; las casas, aunque pobres, no dejan de ser aseadas; las comidas no son tampoco malas y, en general, se echa de ver poca indigencia. Las costumbres son apacibles y suaves y las gentes muestran una agudeza y natural despejo verdaderamente extraordinarios. Finalmente, te aseguro que es país que ha grabado hondas impresiones en mi imaginación y cuya memoria se me presentará siempre llena de los encantos de su suelo y de la hospitalidad de sus habitantes.

